

no debe dejarse prender en las redes de la adulación.

¿Cómo conocer la adulación?

Si nunca te indicó error, si piensa en todo como tú: ¡adulador!

Si le parecen estupendos todos tus planes y nunca intenta convencerte de los suyos: ¡adulador!

Si falta al deber por agradar: ¡adulador!

7. **SER HONRADO E INTEGRO.**—Falta mucha honradez en el mundo. El jefe no debe venderse al poderoso. Será íntegro sin tener miedo a nada. No ser aceptador de personas y tener siempre libres las manos para seguir el camino recto del bien..., aunque te quedes solo.

8. **OBRAR CON FUERZA, PERO SUAVEMENTE.**—Proceder en todo con independencia y rectitud. Hay una pregunta que espera respuesta: ¿Por qué a los duros se les trata con más cuidado y delicadeza? ¿Por qué los más exigentes son los más beneficiados?

Obrar con los súbditos sumisos de modo semejante que con los duros y demostrar a éstos que su dureza estúpida de nada les sirve.

9. **RECONOCER LAS EQUIVOCACIONES.** Todos podemos equivocarnos. Ser jefe no significa que uno es infalible. Hay que reconocer noblemente los errores y no tratar de ocultarlos con malabarismos.

10. **RETIRARSE A TIEMPO.**—Es punto difícil porque siempre nos engañamos a nosotros mismos.

No esperar a ser inútil.

El sol primero se oculta y luego se apaga... llenando de luz las nubes del poniente.

Ocultarse con luz es preferible a agonizar en público.

Procurar que la última estela sea luminosa.

DIPTICO A LA SOLEDAD

I

*Siete puñales fueron. Punta a punta,
picáronle a tu carne la alegría.
Todo el dolor te poseyó, María.
¡Vivo el dolor sobre tu faz difunta!
De la frente a los pies lívida y junta,
como un yerto puntal, tu sombra fría.
No se te vino a tierra en tu agonía.
No se astilló de miedo en tu pregunta.
«Decidme, ojos de fe, ¿qué fue del Hijo?...»
Respondiendo a tu voz —tu puntal, fijo—,
rodó tu aliento, agudo, como un clavo.
Y así se hincó en la noche nazarena;
«Llevo siete puñales, pena a pena,
¡y aún me queda poder para el octavo!»*

II

*Tanto deshojamiento de belleza,
sólo en ti pudo ser, por ser tú tanto.
La gubia que te vio, cegó de espanto,
no pudiendo haber dos con tu tristeza.
Todo pulmón se te volvió aspereza.
Toda quietud se te quebró en quebranto.
Todo hontanar se te saló de llanto.
Todo jardín se te erizó en maleza.
Sed negra en el desierto de tu boca,
quedó tu grito en bofetón de roca,
pasándole a tu pulso su resuello...
Nadie te ve que no se sienta hundido,
¡que no escuche en su sangre que él ha sido
quien colgó nueva herida de tu cuello!*

Momento literario

No podía faltar en una publicación manchega un recuerdo no sé si emocionado, pero por lo menos justísimo, a Juan Alcaide Sánchez, poeta, no sólo manchego —aunque lo fuese hasta la hondura—, sino poeta a secas, que es la mejor manera de ser universal. Como estamos en época de Semana Santa transcribimos su

